
RIESGOS Y AMENAZAS DEL TERRORISMO GLOBAL

FERNANDO REINARES NESTARES

Hablar de los riesgos y de las amenazas que plantea en la actualidad el terrorismo global es hacerlo de cuantos desafíos a la seguridad nacional de los países o a la estabilidad del orden internacional implica la violencia relacionada de uno u otro modo con Al Qaeda. Pero esta estructura terrorista es en la actualidad parte de un conjunto mucho más amplio de actores individuales y colectivos, entre los cuales se incluyen tanto sus propias extensiones territoriales como los grupos y las organizaciones alineadas con aquella. En conjunto forman la urdimbre del terrorismo global. Sus actividades terroristas varían marcadamente en frecuencia e intensidad según los distintos escenarios en que se llevan a cabo, donde asimismo se observan interesantes diferencias respecto a las modalidades y procedimientos que adoptan. Estas variaciones y diferencias no sólo resultan manifiestas al distinguir entre el terrorismo yihadista que se practica dentro o fuera del mundo islámico sino, en el seno del mismo, según ocurra o no en zonas de conflicto armado generalizado. Pero, ¿en qué consiste aquella urdimbre del terrorismo global? ¿Cuáles son los principales escenarios y expresiones de este fenómeno?

LA URDIMBRE DEL TERRORISMO GLOBAL

Desde hace ya algunos años se escucha o se lee con frecuencia, como si de un hecho irrefutable se tratara, que Al Qaeda ya no existe. Se aduce que esa estructura terrorista surgida hace dos décadas ha dejado de ser una organización para convertirse en una ideología o que ha dejado de ser una organización para convertirse en un movimiento. Igualmente se afirma que el conjunto del terrorismo yihadista ha evolucionado hacia entidades amorfas e independientes. Que, como consecuencia, la amenaza in-

herente a dicho fenómeno ya no emana de Al Qaeda sino de grupos locales independientes o de células autoconstituidas, unos y otras de precaria articulación interna cuando no descritos como carentes de organización, que intentan emularla y formarían un disperso entramado de terrorismo internacional sin liderazgo. Incluso hay algún conocido doctrinario de la yihad global que aboga por un modelo de subversión coincidente con esa interpretación.

Pero las cosas no son exactamente así. Aquellos argumentos invitan desde luego a que nos interese en una serie de cambios recientes por los cuales parece haber atravesado Al Qaeda, ahora parte de un conjunto más amplio y diversificado de actores que, aunque en realidad configuran un sector más heterogéneo de cuanto a menudo se da por descontado, en lo fundamental comparten sus mismos planteamientos. Pero al mismo tiempo son argumentos que adolecen de imprecisión y suscitan no pocos equívocos, los cuales a su vez pueden afectar, distorsionándola, nuestra percepción sobre la actual urdimbre del terrorismo global y sobre el estado en que se encuentra su núcleo originario. Como también pueden distorsionar la valoración que se haga sobre los retos para la seguridad nacional o la paz mundial inherentes a este fenómeno tan inusitadamente extendido dentro y fuera del mundo islámico.

Al Qaeda en continuidad y transformación

El caso es, sin embargo, que Al Qaeda continúa existiendo, si bien se ha transformado a lo largo de los últimos años. Más concretamente, tras haber perdido el santuario del que disfrutó en Afganistán, al amparo del régimen impuesto por los talibanes, entre mediados los años noventa, cuando sus principales miembros volvieron a ese país tras haber permanecido un tiempo al amparo de las autoridades sudanesas, y el otoño de 2001. Entonces fue cuando tropas estadounidenses, con la aquiescencia de la comunidad internacional, invadieron dicho país, reaccionando con medios militares a los atentados ocurridos semanas antes en Nueva York y Washington. Se trataba, como es bien conocido, de la operación denominada Libertad Duradera. Hasta ese momento, aquella estructura terrorista dispuso en suelo afgano de una amplia infraestructura, incluyendo campos destinados al adoctrinamiento ideológico o la capacitación en el uso de armas y explosivos. Por ellos pasaron decenas de miles de musulmanes radicalizados de muy diversa procedencia.

Una vez que estas instalaciones fueron destruidas y buena parte de sus miembros cayeron muertos, fueron capturados o emprendieron la huida, Al Qaeda quedó seriamente debilitada como resultado de tan sensible pérdida de recursos humanos y materiales. Pero a la postre consiguió reubicarse al otro lado de la frontera, más concretamente en las áreas tribales al noroeste de Pakistán y, por extensión, los territorios colindantes de Afganistán. Allí es, probablemente, desde donde sus máximos dirigentes esperaban que, tras haber provocado a los Estados Unidos y una vez que tropas de este país hubiesen entrado en este último país, masas enteras de musulmanes se movilizarían a favor de Osama bin Laden y los suyos en todo el mundo islámico. Las cosas no ocurrieron de ese modo, pero tampoco Al Qaeda desapareció. Más bien se transformó, obligada por las nuevas circunstancias en que se tenía que desenvolver.

Pero no sólo eso. Al Qaeda ha dado muestras de gran resistencia y una cuando menos llamativa capacidad para adaptarse a un entorno muy cambiante, pues se ha regenerado como estructura terrorista y puede afirmarse que su situación organizativa es en la actualidad de una relativa robustez. Aun cuando no pocos de sus responsables han sido detenidos o abatidos desde 2002, sobre todo pero no exclusivamente en países de Asia del Sur y Oriente Medio, el núcleo de liderazgo se ha reconstituido en distintas ocasiones, en especial por lo que se refiere a los diez miembros del consejo consultivo o Majlis Shura, y permanece básicamente asentado en la zona fronteriza de Pakistán con Afganistán. Incluidos Osama bin Laden y el segundo en la jerarquía de autoridad, Ayman al Zawahiri. Ambos estarían acompañados en esa misma demarcación por otros destacados mandos subalternos y, por debajo de ellos, entre algunos centenares o quizá incluso unos pocos miles de miembros propios.

Al Qaeda dispone además de tramas y células con potencial operativo, así como de un reseñable elenco de agentes y colaboradores, fuera de aquella zona donde se localiza en estos momentos su nueva base de operaciones. Más concretamente, dispone de elementos como esos en Asia Central y el sudeste asiático, Oriente Medio y la región del Golfo, el Este de África o el Norte del Cáucaso, por ejemplo. La presencia de miembros destacados de aquella estructura terrorista en esas regiones obedece en parte al hecho de que muchos de ellos se dispersaron tras la pérdida del santuario afgano a finales de 2001 y en parte también a que en ellas residen personas que en la segunda mitad de los noventa recibieron adiestramiento en los campos de que Al Qaeda disponía en ese dominio. Duran-

te los años 2006 y 2007 individuos con esas características fueron detenidos o abatidos en países como Rusia, Turquía, Líbano, Jordania, Yemen o Kenia.

Eso sí, a lo largo de los últimos años, Al Qaeda ha venido subsanando su nuevo estado, como remanente de la estructura terrorista que existía antes del 11-S, con una extraordinaria campaña de propaganda a través de canales de televisión vía satélite y sobre todo de internet, que deja sentir su influjo tanto en países con poblaciones mayoritariamente musulmanas como en comunidades de este mismo credo existentes fuera de los mismos, en particular dentro del mundo occidental. Lo cual no significa que Al Qaeda haya dejado de ser una organización para convertirse en una ideología, como tan a menudo se sostiene. Se trata de una estructura terrorista hoy sustancialmente recuperada y que mientras tanto ha optimizado sus activos simbólicos, dedicando una atención especial a tareas de producción y reproducción ideológica, como referencia para sí misma, otros componentes insertos en las redes del terrorismo global y, por supuesto, su población de referencia.

Aunque las capacidades operativas de Al Qaeda probablemente no sean en la actualidad las mismas que en el pasado, todo parece indicar que han vuelto a ser considerables. Sus dirigentes continúan empeñados en tareas de financiación y reclutamiento, en la formación de adeptos con muy diversos orígenes gracias a los nuevos campos de entrenamiento que ha establecido en los territorios paquistaníes del norte de Waziristán, así como en la expansión de su presencia, la consolidación de alianzas y la difusión transnacional de tramas afines. Pero esos mismos dirigentes continúan también empeñados en la planificación de atentados dentro y fuera de las zonas tribales de Pakistán o las áreas colindantes de Afganistán. En estas, para las que Al Qaeda dispone de un mando específico de operaciones, a menudo actúan en colaboración con los talibanes, colectivos foráneos de yihadistas e incluso algún señor de la guerra local que ha ofrecido sus servicios, además de grupos terroristas autóctonos en el caso de atentados perpetrados en otros lugares del territorio paquistaní.

Fuera de ese conflictivo escenario, el control que Al Qaeda ejerce sobre la planificación y ejecución de atentados parece ser mucho más limitado, aunque mantenga otro mando para operaciones externas y continúe aspirando a perpetrar algunos espectaculares, sobre todo pero no exclusivamente contra blancos occidentales. Pero lo cierto es que desde el 11-S se han registrado distintos episodios en los que esa estructura terroris-

ta ha tenido una participación que fue más allá de la mera instigación. Entre ellos, los de abril de 2002 en la isla tunecina de Yerba, noviembre de ese mismo año en Mombasa, el mismo mes pero de 2003 en Estambul o julio de 2005 en Londres, además de otras tentativas fallidas. Quizá también en los del 11-M, cuestión ésta que en mi opinión aún no está cerrada. Según los casos, Al Qaeda puede implicarse bien para que en la realización de un determinado atentado intervengan individuos bajo su inmediato control, bien para que lo hagan otros integrados en sus propias extensiones territoriales o en los grupos y las organizaciones afines, que a su vez pueden movilizar retículas locales *ad hoc* para culminar sus intenciones.

Las extensiones territoriales de Al Qaeda

Y es que Al Qaeda ha reaccionado a su fragmentación tratando, por una parte, de establecer extensiones territoriales de sí misma y, por otra, dedicando especial atención al fomento de relaciones con una serie de grupos y organizaciones afines en distintos países o regiones del mundo islámico. En lo que se refiere a aquellas extensiones territoriales, éstas pueden emanar de la propia estructura terrorista y ser articuladas por destacados miembros que están dispersos en áreas geopolíticas concretas pero se mantienen en contacto con el núcleo central de liderazgo. Así fue como apareció la denominada Al Qaeda en la Península Arábiga, fundada por Yusuf al Ayiri y que dio comienzo a su campaña terrorista en 2003 con una serie de atentados en Arabia Saudí, país natal de Osama bin Laden. En otros casos, los dirigentes de Al Qaeda han logrado establecer extensiones territoriales por medio de acuerdos de mutua conveniencia con grupos asociados de ámbito nacional o regional. Estas alianzas ponen de manifiesto que aquella estructura terrorista encontró serias limitaciones para desarrollar por sí misma sus ramificaciones en zonas donde actuaba ya una organización armada prominente de orientación islamista. Al mismo tiempo, son arreglos que contribuyen a fortalecerla como estructura terrorista, incrementando geográficamente su proyección operativa.

Es de este modo como, a través de uno de esos acuerdos de mutua conveniencia, se constituyó, en otoño de 2004, la organización de Al Qaeda para la Yihad en la Tierra de los Dos Ríos (Qaida al Yihad fi Bilad ar Rafidain), en Iraq. Tal fue la denominación entonces adoptada por Unidad de Dios y Yihad (Tawhid wal Yihad), formación existente desde el año anterior, muy activa desde entonces y liderada por el jordano Abu Musab al

Zarqai. Éste se convirtió en máximo dirigente de la recién establecida rama iraquí de Al Qaeda hasta su muerte, en una operación de las tropas estadounidenses, en junio de 2006. Fue sustituido por Abu Ayub al Masri, también conocido como Abu Hamza al Muhayir, con la aprobación expresa de Osama bin Laden, lo que, unido al hecho mismo de que se trate de un egipcio, pone de manifiesto la ascendencia que desde el directorio central de Al Qaeda se ejerce sobre su rama iraquí. Para ese momento, esta última había aglutinado una serie de grupos armados yihadistas que en octubre ese año establecieron el denominado Estado Islámico de Iraq. Esta entidad de cobertura se presenta ante la población árabe suní del país como alternativa a las autoridades oficiales.

Más recientemente, a inicios de 2007 y en un escenario distinto aunque no tan distante, apareció la que se conoce ya como organización de Al Qaeda en el Magreb Islámico, resultante de una fusión, anunciada unos meses antes, entre Al Qaeda y el Grupo Salafista Para la Predicación y el Combate (GSPC). Este, de origen argelino y formado tras una escisión ocurrida a finales de los noventa en el Grupo Islámico Armado (GIA), había internacionalizado progresivamente tanto su narrativa como sus acciones, promoviendo la creación de células y redes afines en otros países de la región norteafricana e incluso llevando a cabo actuaciones de índole terrorista más al sur, en países atravesados por la extensa franja desértica del Sahel. Su conversión en extensión territorial de Al Qaeda para el Magreb estuvo precedida, eso sí, de estrechos ligámenes con la rama iraquí de Al Qaeda. En la actualidad, esa nueva extensión regional norteafricana estaría amalgamando bajo una única dirección, a su vez dependiente en última instancia del núcleo central de liderazgo de Al Qaeda, a elementos yihadistas en los distintos países de la región y en sus respectivas diásporas asentadas fuera de la misma.

Entre el directorio de Al Qaeda y los líderes de esas extensiones territoriales, entre las que por cierto habría que mencionar también una emergente organización de Al Qaeda en el Archipiélago Malayo, cabe presumir que el contacto sea directo y regular. Parece además verosímil que verse, entre otras cuestiones, sobre las modalidades y los procedimientos en la ejecución de atentados o sobre la selección de blancos en la evolución de campañas terroristas. Lo cual no es incompatible con márgenes de autonomía operativa, que seguramente no son uniformes para aquellas ramas territoriales y varían según los casos, ni impide que puedan darse posiciones encontradas entre la visión estratégica global que se tiene desde el centro de Al Qaeda y las decisiones tácticas adoptadas por los responsa-

bles de sus ramas territoriales, como de hecho ocurrió entre Osama bin Laden y Abu Musab al Zarqawi en relación al curso de la yihad terrorista en Iraq. Ahora bien, aunque existan divergencias de este cariz entre el núcleo dirigente de Al Qaeda y los emires o jefes de las extensiones territoriales, es posible que estos últimos pertenezcan al mismo, dada la incorporación a Al Qaeda del grupo que previamente lideraban y en función de la relevancia personal que hayan adquirido.

Grupos y organizaciones que son afines

Por otra parte, Al Qaeda, tras la pérdida del santuario afgano y su reubicación hacia el oeste, en los territorios colindantes de las zonas tribales paquistaníes, ha tratado también de adaptarse a las cambiantes circunstancias dedicando especial atención al fomento de relaciones con una serie de grupos y organizaciones afines, que en principio se desenvolverían con mayor autonomía operativa que sus extensiones regionales. En realidad, desde febrero de 1998 había ya algunas entidades formalmente afiliadas con Al Qaeda, en el marco del denominado Frente Mundial para la Yihad contra Judíos y Cruzados que fue creado entonces a instancias de aquella. Pero será con posterioridad, en torno al cambio de siglo, cuando se incrementaron tanto su número como la importancia relativa dentro del conjunto de actores inmersos en la urdimbre del terrorismo global, adquiriendo prevalencia operativa entre los distintos componentes de la misma. Estos grupos y organizaciones difieren mucho entre sí por lo que se refiere a sus dimensiones, grado de articulación interna, composición de sus miembros y alcance operativo.

La naturaleza de las relaciones que tales grupos y organizaciones mantienen con Al Qaeda varía también de unos casos a otros. Es frecuente, por ejemplo, que los dirigentes de esas entidades hayan hecho, a menudo también publicándolo a través de internet, juramento de lealtad a Osama bin Laden, pero por lo común es suficiente con que hayan adoptado expresamente la doctrina de la estructura terrorista liderada por éste y justifiquen e incluso emulen los métodos que la caracterizan. Pero los ligámenes de asociación suelen manifestarse en alguna combinación variable de hechos entre los que se incluyen, por ejemplo, la presencia de individuos que compatibilizan funciones de liderazgo o la existencia de vínculos personales entre dirigentes de Al Qaeda y responsables de los grupos afiliados, la provisión de recursos económicos y financieros en uno u otro sentido, la asistencia mutua en el adoctrinamiento o la formación de

individuos en las tácticas habituales del terrorismo yihadista, e incluso la colaboración a la hora de planificar y ejecutar atentados.

Los grupos y organizaciones relacionados directa o indirectamente con Al Qaeda actúan por lo común sin que el núcleo dirigente de esta última ejerza funciones específicas de mando y control sobre sus operaciones, aunque tiendan a llevarse a cabo de acuerdo con las orientaciones generales proporcionadas por Osama bin Laden y en particular por Ayman al Zawahiri. La ascendencia de estos sobre el liderazgo de aquellas entidades es en principio menor de la que tienen sobre los de sus extensiones territoriales, aunque no siempre es así. A lo largo de 2006 y 2007 se atribuyeron actos de terrorismo a una serie de entidades vinculadas con Al Qaeda entre las que destaca, en primer lugar, la de los talibanes. Entre estos últimos y aquella estructura terrorista existe correspondencia desde mediados de los años noventa, cuando Bin Laden y sus seguidores se vieron obligados a dejar Sudán, donde se habían establecido unos años antes, para trasladarse de nuevo a Afganistán, donde los islamistas radicales estaban a punto de hacerse con el gobierno. En 1998 fue incluso Osama bin Laden quien declaró su lealtad al líder de los talibanes, el mulá Omar, al cual describía como «nuestro jefe».

Ayman al Zawahiri se ha dirigido al mulá Omar como guía espiritual para todos los actores individuales y colectivos implicados en la yihad global. Especialmente elocuente resulta el hecho de que, quien ha sido considerado el más prominente de los jefes que han tenido los talibanes afganos, conocido como el mulá Dadulá, abatido en mayo de 2007 durante una operación conjunta de la OTAN y el ejército afgano, reiteraba los ligámenes entre su movimiento y la estructura terrorista liderada por Osama bin Laden en un vídeo divulgado en enero. Tres meses después, el mismo cabecilla talibán, que en junio de ese mismo año sería ensalzado en un vídeo por el máximo dirigente de Al Qaeda en Afganistán, Abu Yahya Al Libi, manifestó al canal árabe de televisión Al Yasira que los suyos se comunicaban a través de Internet con yihadistas en Iraq y aclaraba: «nosotros y Al Qaeda somos uno. Si nos estamos preparando para atacar, es la preparación de Al Qaeda. Y si Al Qaeda lo hace, entonces es nuestra preparación».

Ahora bien, durante aquellos dos mismos años llevaron a cabo actividades terroristas numerosos otros grupos y organizaciones relacionados con Al Qaeda como, por ejemplo, los neotalibanes paquistaníes de Tehrik e Taliban Pakistán (Fuerza Talibán de Pakistán), Lashkar e Tayiba (Ejército

de los Puros) en la India, Abu Sayaf (Portadores de la Espada) en Filipinas, Yemaa Islamiya (Asamblea Islámica) en Indonesia y el conjunto del sudeste asiático, Jund as Sham (Ejército del Levante) en Siria y otros países circundantes, Asbat al Ansar (Liga de los Seguidores) primero y Fatah al Islam (Conquista del Islam) después en Líbano, o la Unión de Tribunales Islámicos y Harakat Shabab al Muyahidín (Movimiento de la Juventud Combatiente) en Somalia, además de las distintas formaciones integradas en el denominado Estado Islámico de Iraq, creado por la extensión territorial de Al Qaeda en dicho país, donde asimismo opera Ansar as Sunna (Defensores de la Tradición). Sin incluir ya en este conciso listado al Grupo Salafista para la Predicación y el Combate, tornado a inicios de año en la denominada Al Qaeda en el Magreb Islámico.

Además, durante ese mismo periodo de tiempo, es decir el bienio 2006-2007, han sido detenidos o abatidos miembros de buena parte de esos grupos y organizaciones relacionados con Al Qaeda ya mencionados y de otros igualmente afiliados a la misma como el Movimiento Islámico del Turkestán Oriental en la República Popular China y algunos países de Asia Central, Lashkar e Yangvi (Ejército de Yangvi) al igual que Jaish e Muhammad (Soldados de Mahoma) en Pakistán, Harakat ul Mujahedeen (Movimiento de los Combatientes) en ese mismo país y en la India, Harakat ul Jihad ul Islami (Movimiento de la Yihad Islámica) en Bangladesh y el denominado Movimiento Islámico de Uzbekistán y su próximo el Grupo de la Yihad Islámica, entre otros. A estos listados deben añadirse varias entidades activas a lo largo de los últimos años pero hasta ahora no aludidas, cuales son los casos del Grupo Islámico Combatiente Marroquí o el Grupo Combatiente Tunecino o, en otro ámbito, el Batallón de Mártires Chechenos para el Reconocimiento y el Sabotaje Riyadus Salikhin. Asimismo, es significativo que, además de estrechar vínculos con cerca de una veintena de grupos armados de orientación yihadista en activo, Al Qaeda haya logrado absorber recientemente al Grupo Islámico Combatiente Libio y cooptar una fracción de la Yemaa Islamiya egipcia.

Células autoconstituidas y bases sociales

Cierto que Al Qaeda, además de disponer de algunas extensiones territoriales o de contar con un buen número de grupos y organizaciones con las cuales está relacionada, ha inspirado la formación y el desarrollo, en numerosos lugares del mundo pero especialmente en las sociedades occidentales, de grupúsculos o células carentes, al menos inicialmente,

de ligámenes formales o informales con alguno de esos otros componentes de la urdimbre del actual terrorismo global. Sin embargo, estos grupúsculos o células que se autoconstituyen influenciados por los fines y los medios propugnados desde el núcleo de Al Qaeda pueden llegar a establecer vínculos con otros actores colectivos implicados en aquel entramado, lo que en principio incrementaría sus capacidades operativas o la posibilidad de que se impliquen en la ejecución de un atentado. En cualquier caso, estas redes y células autoconstituidas no deben confundirse con las que, durmientes o no, están bajo el mando directo de Al Qaeda, de sus extensiones territoriales o de los grupos y organizaciones relacionadas con esa estructura terrorista.

Como tampoco debe sobredimensionarse su importancia a expensas de los otros componentes que forman la urdimbre del terrorismo global. No debe olvidarse que la inmensa mayoría de los atentados relacionados con Al Qaeda que se han perpetrado en los últimos seis años son obra de esa misma estructura terrorista y, sobre todo, de sus extensiones regionales y de grupos u organizaciones afines. Y los actores colectivos que incluyen esos tres componentes del entramado transnacional de terrorismo yihadista destacan en general por un significativo grado de articulación organizativa, con sus correspondientes normas de conducta, división interna de funciones, jerarquía entre sus miembros y dirección reconocida. Algo que no casa con la idea de un terrorismo global desorganizado, asentado sobre grupúsculos, células o redes independientes que carecen de liderazgo. Este tipo de actores locales son parte de la urdimbre del terrorismo internacional, pero en modo alguno puede presentarse a esa parte como el todo. Ni siquiera como su componente más sobresaliente.

En conjunto, tanto Al Qaeda y sus extensiones territoriales, como los grupos y organizaciones relacionados con aquella estructura terrorista o los grupúsculos y células que se autoconstituyen influenciados por la misma, forman un heterogéneo pero definido entramado internacional. Es la urdimbre del terrorismo global, que tiene en Al Qaeda su núcleo fundacional y la referencia permanente. Una urdimbre que evoluciona como consecuencia de factores endógenos o exógenos a la misma, cuyos componentes están interconectados entre sí de muy diferentes maneras y pueden variar a lo largo del tiempo en importancia relativa. Igualmente, las entidades concretas que se corresponden con cada uno de esos componentes pueden oscilar en número, al desaparecer unas e incorporarse otras o al combinarse entre si mediante procesos de fusión o absorción. Cada uno de los actores colectivos implicados puede además modificar

tanto sus características propias como la naturaleza de las relaciones que mantiene con Al Qaeda para convertirse en otros diferentes de los que previamente eran.

A esta urdimbre actual del terrorismo global le es común una misma ideología. El hecho de que, por una parte, esa ideología común sea el denominado salafismo yihadista y que, por otra, los componentes de ese entramado internacional de terrorismo se hayan extendido por gran parte del mundo, no desde luego con la misma presencia ni tampoco desarrollando una misma actividad, pero sí en consonancia con la aspiración compartida de producir cambios sociales y políticos a escala planetaria, explica que se hable del mismo como movimiento yihadista global. En lo que atañe a sus objetivos, este movimiento ambiciona el establecimiento de un califato panislámico que suponga, por una parte, el derrocamiento de los regímenes actualmente existentes en los países con poblaciones mayoritariamente musulmanas y, por otra, la recuperación de todos los territorios que han estado bajo dominio islámico pero no lo están en estos momentos, de manera que los fines últimos de la agenda global, compartidos por los distintos componentes de la urdimbre terrorista relacionada de uno u otro modo con Al Qaeda, se hacen compatible con otros de índole nacional o regional.

Como cualesquiera otras experiencias de terrorismo, especialmente en ausencia de un patrocinio estatal de este fenómeno, como es el caso aunque no lo sea de otros con orientación asimismo islamista, la persistencia de Al Qaeda y de sus extensiones territoriales, así como de los distintos grupos y organizaciones afines o de las redes y células locales autoconstituidas que también forman parte del movimiento yihadista global, depende en buena medida de la capacidad que tengan para movilizar los recursos humanos y económicos necesarios. Aunque puedan darse y de hecho se den transferencias de recursos entre unos y otros de los actores colectivos que se constituyen la urdimbre de ese terrorismo internacional, la reproducción de cada uno de ellos y del movimiento de la yihad global en su conjunto se encuentran condicionados en buena medida por las actitudes de su población de referencia, en este caso de los musulmanes dentro y fuera del mundo islámico. Es de su población de referencia de donde extraen los individuos radicalizados y la financiación que les permite reproducirse.

A este respecto, resulta cuando menos inquietante constatar que Al Qaeda y la violencia relacionada directa o indirectamente con esta estruc-

tura terrorista dispone en nuestros días de un monto más que significativo de apoyo popular en países con poblaciones mayoritariamente musulmanas, aunque ese monto varía marcadamente de unos casos a otros, al igual que denota oscilaciones significativas entre comunidades musulmanas asentadas en suelo europeo, donde tampoco son irrelevantes las diferencias entre naciones. Se trata de una verdadera subcultura yihadista que cruza fronteras y sostiene a la urdimbre del terrorismo global. Sin embargo, es cierto que los mencionados porcentajes registran en general un progresivo descenso desde 2002, lo cual quizá se deba en buena medida a que la gran mayoría de las víctimas del terrorismo relacionado con Al Qaeda son precisamente musulmanas y es probable que también a las contestaciones que esa violencia recibe por parte de determinadas autoridades religiosas con influencia en amplias colectividades del mundo islámico. En cualquier caso, en considerables sectores del mismo sigue detectándose una notable ambivalencia respecto al terrorismo, derivada de la distinción, literal pero que muchos dan por buena, entre un terrorismo que se considera justificable y otro que es visto como reprochable.

ESCENARIOS ACTUALES DEL TERRORISMO GLOBAL

Los riesgos y amenazas que implican tanto Al Qaeda como el conjunto de la urdimbre de terrorismo internacional a que ha dado lugar no se distribuyen por igual a lo largo y ancho del planeta. En algunos países o zonas de conflicto intenso, como Afganistán en el sur de Asia o Iraq en Oriente Medio, los atentados relacionados con el movimiento de la yihad global son una realidad muy frecuente que se extiende a algún otro limítrofe, caso de de Pakistán por lo que se refiere a aquel primero. Frecuente es asimismo la actividad terrorista relacionada con Al Qaeda en Argelia, ya dentro del Magreb. En un buen número de otros países localizados en una extensa franja que discurre entre el noroeste de África y los archipiélagos del sudeste asiático, ese terrorismo global es relativamente frecuente. En las sociedades occidentales, las actividades terroristas relacionadas directa o indirectamente con Al Qaeda son episódicas, aunque sus manifestaciones, típicamente espectaculares, puedan diferir en algunos aspectos de las que acontecen en las zonas de conflicto o en otros escenarios próximos.

En 2007, el epicentro operativo del terrorismo global parece haberse desplazado desde Oriente Medio hacia el Sur de Asia, donde ya residía en buena medida su foco organizativo y sobre todo ideológico. Ocurre que,

a lo largo de ese año, los atentados relacionados con la extensión territorial de Al Qaeda en Iraq han decrecido considerablemente, aunque no deba hablarse sino de un más que apreciable aminoramiento del fenómeno. Mientras, la violencia de los talibanes ha continuado incrementándose en Afganistán, extendiéndose por gran parte del país, al tiempo que se ha recrudecido el terrorismo yihadista en Pakistán. Unos y otros desarrollos tienen implicaciones para los respectivos escenarios regionales en que se localizan esos países particularmente afectados. Al mismo tiempo, los riesgos y amenazas del terrorismo global siguen afectando al norte y este de África y, en parte por extensión, a Europa, aunque dentro de la misma haya algunos países que puedan considerarse más concernidos por el problema, cual es el caso de España.

Afganistán, Pakistán y el resto de Asia

En Afganistán continúa el incremento que se aprecia tanto en el conjunto de las actividades violentas de los talibanes como en particular de las propiamente terroristas, sobre todo desde la escalada iniciada en 2006. A lo largo de 2007, esos islamistas radicales perpetraron no menos de un millar de atentados, lo que supondría en torno a un 15% del total de ataques insurgentes que llevaron a cabo. Para ello disponen de varios miles de milicianos estables y centenares más de activistas temporales. Aspiran a hacerse de nuevo con el poder y sus expectativas están favorecidas tanto por esa capacidad de movilización como por la calamitosa situación tanto política como socioeconómica que existe en el país. Una situación que los talibanes quieren agravar en beneficio propio, dificultando la ya de por sí mala ejecución de las tareas de gobierno, obstaculizando iniciativas de reconstrucción nacional, incrementando los problemas de seguridad que acucian a la sociedad afgana y tratando de imponer su dominio sobre amplios sectores de la población.

Una somera descripción del terrorismo talibán, basada en un estudio llevado a cabo en el Real Instituto Elcano sobre incidentes contabilizados entre enero y junio del pasado año, permite hacernos una idea del alcance, características e incidencia de dicha violencia. A lo largo de ese periodo de tiempo, la media de esos atentados fue de unos ochenta al mes. Sin embargo, hubo notables variaciones estacionales, de manera que ese monto se elevó en los meses durante los que el clima es más benigno para reducirse coincidiendo con los de temperaturas más frías, aunque el ciclo agrícola es también una variable que incide sobre la actividad insur-

gente en Afganistán. Además, se pudo constatar que los talibanes habían extendido sus actividades terroristas a gran parte del territorio de dicho país, en concreto a 26 de las 34 provincias en que se divide administrativamente el mismo.

Ahora bien, cerca del 60% de esos atentados se cometieron en sólo siete provincias, contiguas entre sí y ubicadas hacia el sur y el este, a lo largo de la frontera con Pakistán. Esta localización explica en una medida nada desdeñable la concentración de incidentes terroristas en esa zona de Afganistán e incluso su proliferación, a partir de la misma, en otras del país. Obedece a que los talibanes se desenvuelven con facilidad en las limítrofes zonas tribales de Pakistán, como ocurre tanto al norte como al sur de Waziristán, sin que las autoridades de Islamabad hayan intervenido hasta ahora con resultados apreciables. En las provincias de Helmand y Kandahar, en el extremo meridional de Afganistán, ocurrió un 31% por ciento del total de los actos de terrorismo talibán perpetrados durante los seis primeros meses de 2007, distribuyéndose prácticamente por igual en una y otra.

Por tanto, las provincias donde esa violencia resulta especialmente acusada están, sobre todo, en el ámbito territorial que corresponde a los Mandos Regionales Sur y Este de la Fuerza Internacional de Asistencia a la Seguridad, ISAF en sus siglas en inglés. Esta, como es sabido, fue creada a finales de 2001 por resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para desplegarse en Kabul y sus alrededores, pero desde 2003, bajo autoridad de la OTAN, actúa en todo el territorio afgano. Actualmente, la ISAF dispone de unos 47.000 efectivos de 40 naciones, incluida España. En la zona asignada al Mando Regional Sur tuvo lugar aproximadamente un 43% de los atentados, mientras que en la correspondiente al Mando Regional Este ocurrieron el 41%. Por el contrario, en Herat y Badghis, donde se localiza en su mayoría el contingente militar español, la frecuencia del terrorismo talibán era mucho menor, apenas un 5% por cien del total de los atentados contabilizados. Aun así, la soldado Idoia Rodríguez Buján murió en febrero de 2007, al estallar una mina colocada al paso del vehículo que conducía en Shindand. En septiembre, una bomba cerca de Farah causó la muerte de los soldados Germán Pérez Burgos y Stanley Mera Vera, así como del traductor afgano que les acompañaba.

En conjunto, únicamente un 11% por cien de los actos de terrorismo talibán ocurrieron, durante el primer semestre del pasado año, en la zona del Mando Militar Oeste, que además de Herat y Badghis incluye a las provincias afganas de Farah y Ghor, donde coinciden en el desempeño de

sus labores soldados españoles, italianos, estadounidenses y lituanos. En la provincia de Kabul hay también una pequeña fracción de nuestros militares y allí los indicadores de actividad terrorista no sobrepasaron en frecuencia a los de Herat y Badghis, al menos durante los seis meses del periodo de tiempo considerado. Si bien, por hallarse en esa demarcación la capital del país, donde precisamente se ubica el Cuartel General de la ISAF en que desempeñan sus funciones esos profesionales, y dada su relativa cercanía a Pakistán, las amenazas y los riesgos terroristas pueden considerarse comparativamente más elevados.

Casi la mitad de los actos de terrorismo talibán contabilizados en Afganistán, concretamente el 48%, se produjeron por otra parte en provincias donde el número de hectáreas de terreno agrícola dedicadas al cultivo de opio excedía las mil. Aún más interesante resulta el hecho de que hasta un 41% del total de esos atentados haya ocurrido precisamente en las provincias que dedican a dicho cultivo más de diez mil hectáreas. Así las cosas, podría deducirse que efectivamente existe una relación entre la incidencia del terrorismo talibán y la extensión del cultivo de opio, de suerte que a más opio más terrorismo. Es posible que ello se deba a que los talibanes desarrollan sus actividades terroristas con especial frecuencia allí donde los dividendos del cultivo les proporcionan financiación y condiciones especialmente propicias para desarrollar un efectivo control social sobre la paupérrima población de determinadas áreas rurales.

El terrorismo talibán es una violencia acomodada a las características demográficas y orográficas del país, que acontece principalmente en carreteras o vías interlocales de tránsito, aunque también en núcleos rurales definidos y, ya en una proporción menor, zonas propiamente urbanas. Se manifiesta sobre todo con la detonación de artefactos explosivos y, en cifras algo más reducidas, mediante el uso de armas de fuego, lo que no es extraño en una insurgencia que los radicales islamistas afganos han adaptado a las peculiaridades del entorno que caracteriza a su país. La mayoría de los atentados que perpetrar los talibanes son por otra parte simples y no constituyen incidentes múltiples o concatenados entre sí. Aunque los secuestros supusieron un porcentaje muy exiguo sobre el total de actos de terrorismo registrados entre enero y junio de 2007, algunos tuvieron gran notoriedad y los talibanes consiguieron recompensas, por lo que es previsible que no dejen de producirse en lo sucesivo si se repiten las oportunidades favorables.

El porcentaje de atentados suicidas en Afganistán se sitúa en torno a un 16% del total de actos de terrorismo talibán. Suelen ser más cruentos

e indiscriminados que otros de estos incidentes. Estos datos indican de cualquier manera una tendencia creciente. En 2003 se pudo contabilizar un solo atentado suicida y apenas hubo media docena en 2004, pero fueron unos 25 en 2005 y superaron con creces los 100 en 2006. Es muy posible que hayan excedido los 150 en 2007 y que su frecuencia esté lejos de menguar a corto plazo. Esta pauta, unida al uso de artefactos explosivos improvisados en vías de tránsito rodado y la práctica de secuestros de extranjeros, entre otras innovaciones como la diseminación de propaganda a través de internet, permiten hablar de una iraquización del conflicto afgano. Es decir, de la traslación a este escenario de tácticas previamente utilizadas por grupos y organizaciones yihadistas en Iraq. Sugieren incluso la implicación en el terrorismo talibán de elementos afines a Al Qaeda procedentes de otros países, como parecen haberse dado casos.

Casi el 70% de los actos de terrorismo perpetrados por los talibanes el pasado año, siempre extrapolando a partir del total de los contabilizados durante el primer semestre, se dirigieron contra blancos de carácter militar o policial, además de afectar otros blancos de signo gubernamental. Ahora bien, es significativo que, en aproximadamente la misma proporción, es decir en al menos siete de cada diez casos, se tratara de blancos afganos y no extranjeros. En casi un 13% de los supuestos afectó a instalaciones o personal de las Naciones Unidas, mientras que apenas un 5% de los blancos de dicha violencia fueron estadounidenses y un muy reducido 2%, respectivamente, canadienses y británicos. Durante esos seis primeros meses de 2007, blancos españoles fueron afectados en el 0,4% del total de los atentados perpetrados por los talibanes en Afganistán.

El promedio de víctimas mortales por atentado talibán fue de 1,7 y el de heridos de 2,9. No se trata, pues, de una actividad terrorista caracterizada por elevadas tasas de letalidad, aunque tampoco son inusuales los incidentes muy cruentos. En cualquier caso, una frecuencia de atentados como la que se registra en el país conlleva gran acumulación de víctimas mortales y de heridos. Es verdaderamente ilustrativo que el 37% de esas víctimas mortales ocasionadas en los seis primeros meses de 2007 tenían la condición de policía y un 27% de militares. Sin embargo, el 36% eran civiles. Y es que los talibanes se encuentran inmersos en un programa de control social que incluye la intimidación sistemática de la población afgana. Añádase a ello que habrían logrado atraerse para sí algunos sectores de la misma cuyas expectativas de mejora en sus condiciones de vida se han visto frustradas. Circunstancia esta, como la derivada de bombardeos estadounidenses que ocasionan múltiples víctimas entre gentes no in-

volucradas con la insurgencia, de la que están tratando de sacar partido los talibanes.

En suma, el terrorismo talibán es en la actualidad un fenómeno evolucionado, tan habitual e intenso como para contribuir a que una estabilización política de Afganistán sea a corto plazo imposible e incidir gravemente sobre la de por sí difícil cohesión social del país. Pero se ha convertido también en una seria amenaza para los contingentes militares multinacionales desplegados allí. Es una violencia cuyas modalidades y procedimientos son bastante convencionales, aun cuando la frecuencia de los atentados registrados acumule gran número de muertos y heridos. Pero el análisis de sus blancos y víctimas revela que los talibanes no se encuentran únicamente inmersos en una campaña contra la presencia de soldados extranjeros en el país, sino más bien en una estrategia para recuperar influencia sobre la población y a través de ella el poder.

Si eso llegara a producirse, o en la hipótesis de que lleguen a controlar una porción crítica del territorio afgano, tendría importantes consecuencias para el futuro del terrorismo global, dada su estrecha asociación con Al Qaeda. Baste con recordar que el plan para hacer estallar en vuelo más de diez aeronaves comerciales en ruta desde aeropuertos ingleses hacia ciudades estadounidenses, frustrado por la policía británica en agosto de 2006, fue dirigido por Abu Ubayda al Masri, dirigente de Al Qaeda en la provincia afgana de Kunar. Pero que miembros de esta estructura terrorista se desenvuelvan con facilidad por Afganistán o que la insurgencia de los talibanes haya adquirido su actual dinámica son hechos que no se entienden, conviene recordarlo, sin el enclave seguro que una y otros han establecido en las zonas tribales de Pakistán, donde la autoridad estatal es prácticamente inexistente y los neotalibanes autóctonos se han constituido en estrechos aliados, organizados en un conglomerado que aglutina a decenas de grupos armados con base en esos distritos tribales y capaces de movilizar más de 30.000 activistas bajo el liderazgo de Baitulá Mesud.

Pakistán es epicentro ideológico, organizativo y en gran medida operativo del actual terrorismo global. En el mismo está reubicada Al Qaeda desde finales de 2001, habiendo conseguido establecer, tanto esta estructura terrorista como docenas de otras entidades afines de distinta procedencia dentro del mundo islámico, un nuevo santuario principalmente en la remota región que se conoce como Áreas Tribales Administradas Federalmente (FATA, en sus siglas en inglés) al noroeste de dicho país, en el

cual actúan varias de sus organizaciones asociadas y donde existen multitud de escuelas coránicas que contribuyen a la reproducción doctrinal del fanatismo que se manifiesta en terrorismo yihadista. Ya en 2006, sin tratarse de una novedad respecto a los años precedentes, se registraron numerosos actos de terrorismo yihadista en suelo paquistaní y a lo largo de 2007 esos atentados se contaron por centenares, incrementándose con la oleada iniciada en verano de ese año, la cual estaba lejos de remitir al iniciarse 2008. Entre los episodios de esta oleada se incluía el atentado de impronta magnicida que, en diciembre de 2007, costó la vida a la antigua primera ministro del país y de nuevo retornada como candidata a ejercer el cargo, Benazir Bhutto. Afganistán y Pakistán, tomados conjuntamente, constituyen en estos momentos, sin olvidar a Iraq en el ámbito de Oriente Medio, el principal escenario del terrorismo global.

Algunos de los grupos asociados con Al Qaeda que están asentados en Pakistán y a lo largo de la frontera de este país con Afganistán suponen también una amenaza para otras naciones de la región como la India, donde la actividad terrorista de aquellos es, aunque de menor frecuencia, sistemática y sostenida. Recuérdese la implicación de Lashkar e Toiba en los atentados que el 11 de julio de 2006 ocasionaron casi 200 muertos en Bombay. Asimismo, las aludidas organizaciones terroristas paquistaníes mantienen ligámenes con entidades terroristas cuyas actividades son un problema creciente para, por ejemplo, Bangladesh. Además, en las zonas tribales del primero de aquellos países hay organizaciones cuya agenda propia mira hacia Asia Central, caso de las de origen uzbeko. En lo que se refiere al sudeste asiático, la problemática del terrorismo yihadista continúa, aunque la situación parece algo menos acuciante de lo que era hasta 2005. Fronteriza con Afganistán y Pakistán se encuentra por otra parte la región china de Xinjiang, situada al oeste del país y habitada en buena parte por una población musulmana de origen turco, la minoría uigur, foco de la amenaza terrorista relacionada con el llamado Movimiento Islámico del Turkestán Oriental, vinculado con Al Qaeda. Esta amenaza adquiere especial relevancia para la República Popular China con motivo de la celebración de los Juegos Olímpicos en Pekín en 2008.

Iraq, Oriente Medio y la región del Golfo

A inicios 2007, los actos de terrorismo relacionados con Al Qaeda habían alcanzado en Iraq unas cotas extraordinarias de frecuencia e intensidad. La extensión territorial de esa estructura terrorista, es decir la deno-

minada Al Qaeda en la Tierra de los Dos Ríos, al igual que los grupos y las organizaciones menores que se encontraban integrados con ella dentro del llamado Estado Islámico de Iraq, así como Ansar as Sunna, se habían convertido en actores especialmente prominentes, podría incluso decirse que los más destacados de todos cuantos estaban implicados en campañas de insurgencia armada, en el marco del conflicto generalizado que impedía y aún impide la estabilización del país desde su invasión militar en marzo de 2003 por parte de una coalición internacional liderada por Estados Unidos. Entre los miembros de esas formaciones terroristas destacaban los de origen extranjero, principalmente saudíes y libios.

Pero, ¿cuáles eran, en concreto, los niveles de frecuencia e intensidad que había alcanzado ese terrorismo yihadista? Sólo en enero de aquel año, el denominado Estado Islámico de Iraq reclamó para sí la autoría de al menos seiscientos atentados y se pudo comprobar que Ansar as Sunna hizo lo propio con unos doscientos más, de manera que las entidades vinculadas de una u otra manera con Al Qaeda se atribuyeron para sí, ese mes, algo más de ochocientos actos de terrorismo. Un estudio cuantitativo sobre centenar y medio de esos incidentes, realizado en el Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos, muestra que constituye muy probablemente entre una tercera y una cuarta parte del total real de atentados terroristas ocurridos el mencionado mes y relacionados de una u otra manera con aquella estructura terrorista, ofrece información de interés sobre dónde, cómo y contra quién se llevaba a cabo dicha violencia.

Así, por ejemplo, es interesante comprobar que casi la mitad del total de esas actividades terroristas habían tenido lugar en la provincia de Bagdad. Al Anbar, Nínive y Diyala fueron las otras tres más afectadas por atentados, siendo como es que dos de esas demarcaciones son colindantes con la de Bagdad. Es más, la totalidad de incidentes contabilizados ocurrieron en sólo siete de las dieciocho provincias en que se encuentra dividido administrativamente Iraq, aunque entre las que fueron escenario de este terrorismo yihadista acumulan algo más de la mitad de la población del país. Pero las actividades terroristas relacionadas con Al Qaeda en el mismo acontecían aquel mes y siguen aconteciendo sobre todo en provincias que, pese a su composición etnorreligiosa mixta, concentran a la mayor parte de los árabes suníes y donde el Estado Islámico de Iraq se presenta como alternativa a las autoridades oficiales.

Por su parte, el terrorismo relacionado con Al Qaeda en Iraq tenía una muy especial incidencia en tres de las cinco divisiones para el despliegue

militar establecidas por la fuerza multinacional presente en dicho país tras su ocupación en febrero de 2003, luego autorizada por la Resolución 1546 que aprobó el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas en junio de 2004. Esa fuerza multinacional constaba, al iniciarse 2007, de unos 150.000 soldados, en su gran mayoría estadounidenses aunque completada con contingentes mucho menores enviados por más de otros 20 países, incluyendo 10 europeos. La práctica totalidad de aquellos atentados acontecían en zonas militares correspondientes a la División Multinacional Bagdad, la División Multinacional Norte y la Fuerza Oeste, las tres bajo mando estadounidense. Por el contrario, el mencionado terrorismo yihadista apenas se hizo manifiesto en las otras dos, es decir, la División Multinacional Centro Sur y la División Multinacional Sur Este. Aquella primera está bajo control de militares polacos, en tanto que al frente de esta última se encuentran británicos y australianos.

Además, el terrorismo relacionado con Al Qaeda que se practica en Iraq parecía haberse adaptado a las características de una sociedad en la que siete de cada diez personas viven en entornos urbanos. El caso es que, también por lo que se refiere a aquel terrorismo yihadista, sus atentados ocurren sobre todo en unas pocas grandes ciudades iraquíes. En concreto, Bagdad, Mosul, Ramadi y Baquba, que aglutinan al 30% del total de la población iraquí, acumulaban en enero de 2007 algo más del 80% de los atentados de ese terrorismo yihadista. Al contrario pues que en Afganistán, el terrorismo yihadista en Iraq es aparentemente imperceptible en áreas rurales, aunque quizá los casos en que no fue posible precisar el lugar del atentado, por haberse producido en carreteras interlocales o cerca de núcleos de población no identificados, pudiesen corresponder a ese tipo de hábitat.

Casi la mitad de los atentados terroristas perpetrados en Iraq por grupos y organizaciones incorporados al denominado Estado Islámico de Iraq y por Ansar as Sunna consistieron, según la muestra antes aludida de incidentes ocurridos durante enero de 2007, en la detonación de artefactos explosivos, mientras que en algo más de la tercera parte de los casos se utilizaron preferentemente armas de fuego. Pudo comprobarse que no más allá del 11% de los episodios fueron actos de terrorismo suicida y los atentados múltiples tampoco fueron pauta habitual. Se trata, por tanto, en el caso iraquí al igual que en el afgano, de un terrorismo más bien convencional en su *modus operandi*. Aunque Abu Hamza al Muhayir, el máximo dirigente de la extensión iraquí de Al Qaeda, se mostrara en septiembre de 2006 favorable al uso de «bombas no convencionales, sean biológicas

o sucias, como las llaman [sic]» en lo que asimismo delimita como «campos de batalla de la yihad».

En el aludido mes, los atentados perpetrados por entidades relacionadas con Al Qaeda ocasionaron en Iraq la muerte a entre 900 y 1.400 personas. Hasta un 80% de esos episodios produjeron entre una y cinco víctimas mortales, aunque hubo atentados mucho más letales. Sus blancos eran principalmente instalaciones y personal militar o policial iraquí, al igual que otras dependencias gubernamentales y la población civil en general. Sólo secundariamente se dirigían contra blancos occidentales, más concretamente norteamericanos. Esos atentados mataban y herían sobre todo a iraquíes, muchos de ellos chiíes, pero también suníes. No más de una cuarta parte de los blancos y las víctimas serían estadounidenses. Por tanto, diríase que la estrategia de los grupos y organizaciones que practican dicho terrorismo yihadista estaba ya menos basada en hacer frente al contingente militar norteamericano desplegado en Iraq que en imponer su dominio sobre buena parte del territorio y la sociedad iraquíes.

Atentar contra estadounidenses cumpliría, tanto para Al Qaeda en Iraq como para los actores ligados a esa estructura terrorista, una función legitimadora de sus actividades en el país como yihad defensiva. Fue la invasión del país por parte de una coalición militar internacional bajo mando norteamericano lo que hizo posible una amplia presencia de Al Qaeda en la zona y la convirtió en escenario operativo preferente del terrorismo global. Atentar contra chiíes tendría como propósito agravar fracturas etnorreligiosas y fomentar la confrontación sectaria, imposibilitando a corto y medio plazo una normalización política del país. Finalmente, atacar contra árabes suníes serviría para ejercer un efectivo control social sobre el segmento de la sociedad iraquí que los terroristas consideran su población de referencia. Es decir, atentados contra distintos blancos cumplen para los grupos y organizaciones vinculados con Al Qaeda en Iraq funciones diferentes y a la vez complementarias entre sí.

Así las cosas, parecía evidente que una retirada de las fuerzas multinacionales que se encuentran en dicho país, en su gran mayoría norteamericanas, en ausencia de los arreglos internos y regionales que doten a Iraq de la necesaria estabilidad, hubiese permitido o permitiría que los grupos y organizaciones relacionados con Al Qaeda activos en el país dispusieran de excelentes oportunidades para avanzar en sus estrategias. Es cierto que se verían privados de los blancos cuya afectación mediante atentados les procura apoyos o permite movilizar recursos dentro y fuera del

país. Al mismo tiempo, es verosímil que se beneficiasen de presentar como un éxito de su propia actuación contra las tropas foráneas una eventual retirada militar estadounidense y que dispongan de una excelente ocasión para haber consolidado el Estado Islámico de Iraq. Una dinámica que no en modo alguno estaría exenta de implicaciones en materia de seguridad para otros países de la zona y, en términos de amenaza terrorista, para las sociedades occidentales en general y las europeas en particular.

Pero la frecuencia del terrorismo relacionado con Al Qaeda ha caído muy acusadamente en Iraq desde el primer trimestre de 2007 hasta finales de este mismo año y no como consecuencia de la retirada de las fuerzas armadas de la coalición internacional sino, al contrario, de la implementación de un nuevo programa contrainsurgente adoptado por los mandos militares estadounidenses, el cual supuso además un incremento en el contingente de soldados desplegados en aquel país. Al declive de la violencia yihadista en el mismo y al concomitante debilitamiento de los grupos y organizaciones que la practican han contribuido también otros importantes factores, como por ejemplo la movilización contra la rama iraquí de Al Qaeda que se ha desarrollado entre la propia población árabe suní sobre la cual empezaba a imponer su concepción rigorista del credo islámico en las pautas de comportamiento público, las actuaciones de las todavía en buen medida incipientes fuerzas nacionales de seguridad y la tan calculada como en ocasiones versátil implicación de los países limítrofes en, por ejemplo, la vigilancia de movimientos transfronterizos o la limitación de enfrentamientos sectarios.

Con todo, las actividades terroristas relacionadas con Al Qaeda continúan siendo recurrentes en Iraq y, aunque su frecuencia e intensidad hayan decrecido mucho recientemente, no es previsible que vayan a cesar a corto plazo. Los grupos y organizaciones que practican ese terrorismo yihadista conservan aún importantes capacidades operativas, en un contexto de seguridad que sigue siendo muy delicado para el conjunto de un país con su tejido social roto, necesidades básicas de la población sin cubrir y cuatro millones desplazados dentro y fuera del territorio iraquí. Pero un eventual éxito de la estrategia insurgente de aquellos actores locales del terrorismo global, que ahora es menos probable de lo que parecía a finales de 2006 e inicios de 2007, estimularía la extensión de dicho fenómeno a otros países de la región cuyos regímenes estaban y están en el punto de mira de Al Qaeda, como por ejemplo Arabia Saudí, Egipto o Jordania, alguno ya afectado por atentados cometidos por la rama iraquí de esa

estructura terrorista. Pero los planes más ambiciosos del terrorismo global han fracasado en ellos, aun cuando los incidentes que siguen teniendo lugar en Oriente Medio y el Golfo revelan el alcance de sus redes en la región.

En Arabia Saudí, tras los atentados perpetrados entre 2003 y 2006 por Al Qaeda en la Península Arábiga, las autoridades del país llevaron a cabo numerosas detenciones que, según parece, evitaron ulteriores sucesos cruentos y desbarataron en buena medida dicha entidad. Quizá por ello sus actividades se han desplazado hacia otros países colindantes, como Yemen, donde en julio de 2007 murieron ocho turistas españoles como consecuencia de un atentado suicida cuya autoría reclamó posteriormente aquella extensión regional de Al Qaeda. En Egipto el problema del terrorismo yihadista parece asimismo relativamente contenido, como resultado de las no menos extraordinarias medidas de seguridad adoptadas en el país, pero aunque no ponga en cuestión la continuidad del actual régimen tampoco pueden descartarse episodios como los verdaderamente cruentos que ocurrieron en el Sinaí durante 2004 y 2005, incluso en los primeros meses de 2006, principalmente contra blancos relacionados con el sector del turismo, esencial para la economía del país.

Tampoco los riesgos y amenazas del terrorismo global relacionado directa o indirectamente con Al Qaeda han dejado de serlo para otros países de la región como Jordania o Siria. Ni en modo alguno para Líbano, donde los contingentes militares desplegados en la misión FINUL (Fuerza Interina de Naciones Unidas en Líbano) continuarán siendo blanco preferente de los grupos que practican dicha violencia. Es preciso recordar que, en junio de 2007, un atentado mediante coche bomba contra tropas españolas en dicho país causó la muerte de seis soldados que desarrollaban su trabajo como cascos azules. Pero, en estrecha relación con la situación de este país, un motivo de especial inquietud reside en la penetración de Al Qaeda o su influjo creciente entre sectores predispuestos de la población palestina, como en 2007 evidenciaron los incidentes relacionados con Fatah al Islam en un campo de refugiado situado al norte del desintegrado territorio libanés y anteriormente había quedado de manifiesto con algún otro grupo de orientación yihadista alineado con Osama bin Laden y el entramado de terrorismo global del que es líder carismático. En todo caso, dado el carácter multinacional y multiétnico de esa urdimbre, no extrañará que entre los casi dos centenares de miembros armados con que contaba Fatah al Islam hubiese no sólo palestinos, sino también saudíes, sirios y tunecinos.

De Argelia al norte y el este de África

Hasta no hace mucho tiempo, Al Qaeda contaba en el Magreb con algunos grupos afiliados y cierto número de redes o células claramente influenciadas. Pero desde comienzos de 2007 dispone ya de una extensión regional para ese ámbito norteafricano, establecida a partir del Grupo Salafista para la Predicación y el Combate (GSPC), anteriormente afiliado con Al Qaeda, cuya agenda inicialmente argelina se había ido internacionalizando hasta coincidir en la práctica con la del movimiento de la yihad global en su conjunto. Después de que, el 11 de septiembre de 2006, Ayman al Zawahiri anunciase la unión del GSPC con Al Qaeda, los dirigentes de aquella primera organización decidieron, en enero del año siguiente, pasar a denominarse Al Qaeda en el Magreb Islámico (Qaida al Yihad fi Bilad al Maghrib al Islami), no sin antes recabar la autorización expresa de Osama bin Laden.

Con el cambio de nombre y su paulatina pero manifiesta conversión en cuerpo central de una extensión regional de Al Qaeda, culmina un proceso que ha llevado al GSPC desde la insurgencia armada en los confines de Argelia durante más de ocho años hasta la adopción de una agenda panislámica. Ahora bien, esta progresiva internacionalización observada en la narrativa del GSPC tuvo limitadas consecuencias operativas antes de que finalmente se produjera su fusión con Al Qaeda, si bien el grupo desarrolló una importante actividad en la movilización de recursos humanos y materiales para la rama iraquí de esa estructura terrorista. Hasta aquel momento, sin embargo, los atentados perpetrados por la propia organización armada argelina tenían habitualmente lugar dentro de su país de origen, con el propósito declarado de instaurar un severo régimen islamista, de manera que los blancos más frecuentes eran instituciones estatales o agencias de la seguridad nacional.

Inmediatamente después de la conversión del GSPC en extensión regional de Al Qaeda para la región norteafricana, los cambios de *modus operandi* empezaron a manifestarse. En febrero de 2007, Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI) reclama por primera vez la autoría de un atentado, en este caso la detonación casi simultánea de siete vehículos bomba en dos localidades situadas al este de Argel, que causaron ocho muertos y treinta heridos. Poco después, en marzo, miembros de la mencionada organización atentaron contra un autobús de una empresa rusa del sector energético, mediante la explosión de una bomba colocada en un lateral de la carretera por la que transitaba, falleciendo un empleado de esa misma

nacionalidad y otros tres trabajadores argelinos. Un comunicado de AQMI fechado dos días después señalaba que su blanco eran «infieltes rusos», antes de afirmar que «nosotros ofrecemos este humilde regalo a los hermanos musulmanes de Chechenia que sufren las desgracias, la violencia y las matanzas del gobierno criminal de Putin con el apoyo del pueblo ruso».

Pero el estilo propio de Al Qaeda se hará aún más evidente con los atentados concatenados entre sí y suicidas perpetrados en Argel el 11 de abril de 2007 por su extensión magrebí. Tres vehículos a los que se habían adosado artefactos explosivos, conducidos por terroristas dispuestos a perder la vida, estallaron junto al palacio del Gobierno, la cercana sede de Interpol y otras instalaciones policiales al este de la capital. El GSPC no había ejecutado antes un atentado suicida, pero tornado en AQMI lo hizo apenas tres meses después de cambiarse el nombre, ocasionando una treintena de muertos y alrededor de doscientos heridos. Los atentados suicidas no formaban parte del repertorio habitual del terrorismo islamista en el país norteafricano. Pero en un vídeo divulgado a través de un canal qatari de televisión en mayo, el líder de AQMI advertía de que ya no iban a tratarse hechos aislados: «hemos decidido adoptar el estilo de las operaciones de martirio en la confrontación con nuestros enemigos de ahora en adelante». Otro atentado de estilo y resultados tan marcadamente propios de Al Qaeda ocurrió meses después, el 11 de diciembre.

Cabe por tanto esperar una prolongada aunque intermitente campaña de atentados suicidas por parte de AQMI, tanto en Argelia como posiblemente en otros países de la región e incluso en suelo europeo. Los de abril en Argel constituyeron el mayor incidente terrorista en esa zona del mundo desde los de Casablanca en mayo de 2003. Pero algo similar hubiese acontecido otra vez en esta misma ciudad marroquí de haber prosperado la tentativa de cometer ese mismo mes, quizá coincidiendo con los episodios ocurridos en la capital del país vecino, una serie de atentados igualmente suicidas en instalaciones portuarias y establecimientos hoteleros, entre otros blancos. Un día antes de los atentados de Argel, tres terroristas marroquíes decidieron hacer estallar los explosivos que llevaban sujetos al cuerpo tras una redada policial en Casablanca y un cuarto fue abatido. Estaban relacionados con otro más que, para evitar ser detenido, se había quitado la vida tras un altercado en un cibercafé de barriada.

El terrorismo suicida es propenso a ocasionar numerosas víctimas circunstanciales, lo que podría estar incidiendo negativamente sobre la imagen pública de AQMI y suscitando controversia entre su población de referen-

cia. Esta organización viene insistiendo, a través de proclamas difundidas por internet, en que los musulmanes no son su blanco: «habéis de saber que vuestros hermanos muyahidín hacen todo lo posible para evitar la sangre de los musulmanes y toman todo tipo de precauciones en sus ataques», se lee en una fechada en abril de 2007. Casi un mes después, el emir de esa extensión de Al Qaeda, mediante una grabación audiovisual, estipulaba las condiciones para evitar verse afectado por un atentado: «que los musulmanes no estén cerca ni de instituciones gubernativas ni en especial de las relacionadas con la seguridad (...) y que no se mezclen con los apóstatas y responsables públicos, alejándose de los lugares en que haya extranjeros, ya sean diplomáticos, del ámbito de los negocios o del turismo».

En otro vídeo grabado en junio de 2007 por el emir de AQMI, Abu Musab Abdelwadud, dice que esa organización «fue creada para ensalzar la palabra de Dios y el Estado del Corán y para liberar a los pueblos del Magreb del puño de corruptos, tiranos y traidores, reconstruyendo la sociedad en base a la justicia, la religión y la moralidad, lo que conducirá a la unidad espiritual, geográfica y política, acabando con la división y las diferencias». Y, tras ese enunciado de sus objetivos panmagrebíes, continuaba luego en estos términos: «la unidad de los muyahidín del Magreb Islámico junto con los de Oriente, bajo un mismo estandarte y un mismo emir, constituye una importante iniciativa histórica con la que los muyahidín han conseguido algo de gran interés estratégico que teme Occidente, y las consecuencias de ello pueden ser determinantes de cara al futuro del combate entre Occidente y el Islam».

Por tanto, la retórica de Al Qaeda en el Magreb Islámico subraya un programa de actuación de ámbito preferentemente regional, pero enmarcado en la estrategia de la yihad global liderada desde Al Qaeda. Ello implicaría, por una parte, que en su punto de mira están sobre todo los actuales regímenes norteafricanos, a cuyas figuras de mayor rango critica implacablemente. Por otra, que las sociedades de los países magrebíes constituyen su población de referencia. Ahora bien, en otro comunicado, ahora fechado en febrero de 2007, la propia organización terrorista señalaba como lo que denominan sus «verdaderos enemigos» a «la alianza del mal de los judíos, los cruzados y sus esclavos los apóstatas y quienes les ayudan», recordando pues la impronta a la vez takfir y antioccidental de su ideario. Esta segunda faceta, con implicaciones para ciudadanos e intereses extranjeros, sobre todo estadounidenses y europeos, en torno al Mediterráneo Occidental.

Pese a que Al Qaeda en el Magreb Islámico continúa focalizando las operaciones de violencia en instituciones argelinas, particularmente contra las agencias de seguridad y el ejército, la transformación del GSPC en extensión regional de Al Qaeda para la región norteafricana implica un incremento en la amenaza yihadista para otros blancos en su mismo país de origen, para el conjunto de países que componen la región y para otros al sur o al norte de la misma. No sólo en la medida en que el núcleo decisivo de la organización liderada por Osama bin Laden adquiera una mayor relevancia en la evolución de la yihad global alrededor del Mediterráneo Occidental, sino también en la medida en que la nueva organización panmagrebí consiga absorber o aglutinar en torno a sí a grupos y redes neosalafistas que también se desenvuelven en ese mismo ámbito.

Es muy posible que AQMI esté siendo un polo de atracción para quienes hasta ahora venían integrando otros grupos terroristas originarios de la misma zona geográfica, con menor envergadura y consistencia organizativa de la que tenía el GSPC pero igualmente adscritos al movimiento de la yihad global. Antes de fusionarse con Al Qaeda, el GSPC había favorecido el establecimiento de células y redes terroristas en prácticamente toda la región norteafricana. A partir de 2005 se había ocupado de adoctrinar y adiestrar, tanto en territorio argelino como fuera del mismo, a numerosos individuos reclutados en países de la zona y otros europeos. Quienes allí acudían eran posteriormente enviados a Iraq, se unían a células de la propia organización argelina o retornaban al lugar donde habían sido captados. En Marruecos o Túnez se han desbarataron desde finales de 2006 distintos grupúsculos que estaban en contacto con el GSPC o luego AQMI. Los individuos de origen tanto argelino como marroquí, tunecino o libio que han sido detenidos en Argelia durante los últimos dos años revelan, en suma, el potencial de movilización extremista que existe en la región.

Resulta más que verosímil, por consiguiente, que la nueva extensión regional de Al Qaeda para el Magreb esté amalgamando, cuando no absorbiendo, a partir de un cuerpo central que consiste básicamente en lo que otrora fue el GSPC, a grupos y entramados de terrorismo yihadista existentes en la región, no pocos de los cuales estaban ligados con anterioridad a la organización armada argelina. Este desarrollo estaría configurando una urdimbre norteafricana de terrorismo internacional especialmente habilitadora para la preparación y ejecución de atentados relacionados con el movimiento de la yihad global en general y con Al Qaeda en particular. Si olvidar que el nivel de amenaza terrorista en la zona se man-

tiene elevado y difícilmente va a dejar de serlo a corto y medio plazo, si bien afectaría especialmente, aunque sin minusvalorar la situación en otros países de la región, a la propia Argelia y Marruecos. Está por ver, ciertamente, la medida en que el potencial de Al Qaeda en el Magreb Islámico para actuar como actor de alcance magrebí se hace o no efectivo, aunque hay indicaciones que desde luego apuntan en esa dirección, incluidas algunas recientes detenciones en países de la zona y actividades terroristas observadas en ese ámbito, que incluso llevaron a cancelar un famoso rally de automóviles deportivos que se venía celebrando desde hace años y tenía como destino la capital senegalesa de Dakar.

Y es que el GSPC, antes de convertirse en AQMI, había logrado establecer una significativa presencia en la franja del Sahel, desde Mauritania hasta Níger, donde contaba con cierta infraestructura para el adiestramiento en actividades de guerrilla o terrorismo, aunque a escala más bien reducida y con instalaciones móviles en lugar de campos fijos, pero ubicadas en espacios como el norte de Mali, donde el control que sobre el territorio ejercen las autoridades del país es francamente precario. Mantenía además contactos con otros grupos armados de la región, colectividades tribales que habitan la misma e incluso redes dedicadas al tráfico de armas. Asimismo, Al Qaeda dispondría, por último, con el establecimiento de su rama magrebí, de un ascendiente mucho más explícito sobre el conjunto de redes norteafricanas relacionadas con el terrorismo yihadista que se han extendido desde los años noventa por distintos países europeos, especialmente, pero no exclusivamente, en los ubicados a lo largo de la frontera mediterránea occidental del continente.

No puede descartarse, a tenor de lo anterior, que mientras AQMI se configura como una amenaza terrorista de ámbito regional, extendiendo sus actividades operativas hacia el sur, mantenga también relaciones con grupos y organizaciones yihadistas que se desenvuelven en países del Este de África, particularmente, aunque no sólo, en relación con el conflicto que afecta a Somalia, territorio sobre el cual se han hecho reiteradas llamadas a la implicación de combatientes foráneos desde el directorio mismo de Al Qaeda. Buena parte de los líderes de la Unión de Tribunales Islámicos, que se había hecho con el poder hasta que fuerzas armadas etíopes y de un denominado gobierno federal somalí de transición les obligaron a abandonar Mogadiscio en diciembre de 2006, habían ocupado cuadros de mando en Al Ittihaad al Islami y por consiguiente mantenían ligámenes con el directorio central de aquella estructura terrorista.

Al Qaeda encontró un enclave relativamente seguro para su propia trama del este de África, presumiblemente dirigida por un individuo de origen sudanés, entre la anarquía y el caos imperante en el territorio somalí, al amparo de la mencionada Unión de Tribunales Islámicos. Pero la presencia de aquella estructura terrorista se incrementó a fines de 2006, mediante la introducción en el mismo de seguidores de Osama bin Laden procedentes tanto de distintos países con poblaciones mayoritariamente musulmanas como incluso de la diáspora somalí asentada en algunos países europeos. Se sumaban así a los componentes de Harakat Shabab al Mu-yahidín, el grupo afín a Al Qaeda actualmente más activo en la zona, lo que anticipa una sostenida actividad terrorista en la misma, aunque en principio de menor frecuencia e intensidad que en otras zonas de conflicto como Afganistán o Iraq. En cualquier caso, se trata de un terrorismo global que se localiza también en Somalia e implica una amenaza para otros países de la zona, entre los que se encuentran Kenia y Tanzania, afectadas ya por atentados de Al Qaeda en el verano de 1998.

Al Qaeda, el terrorismo global y Europa

En una medida nada desdeñable, la amenaza que el terrorismo internacional supone en la actualidad para las instituciones y los habitantes de la Unión Europea continúa procediendo directamente de Al Qaeda, aunque en conjunto sea posiblemente mayor la que emana de sus grupos y organizaciones afiliadas o de las células locales no afiliadas que inspira, incluso de una combinación variable de esos componentes de la actual urdimbre del terrorismo global. Por una parte, eso se deduce de los comunicados que Osama bin Laden ha hecho públicos desde mediados de los años noventa, muy explícitamente en noviembre de 2007 y marzo de 2008, así como de las mucho más numerosas proclamas emitidas por Ayman al Zawahiri. Estos mensajes contienen una amenaza genérica al conjunto de las sociedades europeas en tanto que corresponden al mundo occidental y debido a que sus gobernantes son presentados por los adalides de la yihad global como aliados de Estados Unidos. Pero con frecuencia se torna específica para una serie de países europeos y declarada para aquellos expresamente mencionados como blancos.

Estas y otras proclamas, como las que han hecho referencia a las caricaturas de Mahoma en el caso de Dinamarca, pueden desde luego estimular la realización de atentados en países europeos, o contra personas e intereses de sus correspondientes nacionalidades pero fuera de los mismos,

por parte de grupos y organizaciones relacionadas con Al Qaeda o de células independientes que se inspiran en sus mismos fines y procedimientos. En este sentido, los dirigentes de aquella estarían actuando como instigadores de actividades terroristas contra instituciones y poblaciones europeas por parte de unos u otros actores del movimiento yihadista global. En primer lugar, al demarcar al conjunto de la sociedad europea como constitutiva del mundo occidental, el cual es presentado como enemigo de la nación islámica por los adalides de Al Qaeda. En segundo lugar, al mencionar una serie de países concretos, en función de su pasado histórico, de avatares recientes o de que hayan enviado tropas a determinadas zonas de conflicto como Afganistán, Iraq o Líbano. En una evaluación de amenaza terrorista esto equivale a la señalización de blancos.

La amenaza que continúa suponiendo Al Qaeda para instituciones y sociedades europeas es no sólo indirecta sino directa. Esto es, referida a la intervención de sus propios líderes y miembros en la planificación, la facilitación o la ejecución de atentados contra blancos localizados en ese ámbito geopolítico o estrechamente asociados al mismo pero más allá de sus fronteras exteriores. Así ocurría incluso antes del 11 de septiembre, lo que con frecuencia tiende a olvidarse, y así ha continuado siendo desde entonces, como ha quedado acreditado en algunos de los incidentes ocurridos desde aquella fecha en suelo europeo. Al Qaeda, según todos los indicios, sigue intentando perpetrar un gran atentado terrorista, quizá catastrófico e incluso de factura no convencional, en Europa. Como igualmente ha tratado y trata de volver a hacerlo en Norteamérica, aunque en la actualidad se estima que los niveles de amenaza procedentes de Al Qaeda y su urdimbre de terrorismo global son comparativamente algo mayores en el ámbito europeo que en el estadounidense.

Es posible que las dificultades que Al Qaeda encuentra actualmente para perpetrar directamente atentados en la Unión Europea, más allá de su aprobación o de la intervención en su planeamiento, expliquen una eventual colaboración con entidades locales o regionales asociadas que disponen de infraestructura y activistas en ese territorio, como es en estos momentos el caso de Al Qaeda en el Magreb Islámico además de otras redes surasiáticas susceptibles de movilización, especialmente relacionadas con los neotalibanes paquistaníes y otras entidades yihadistas afincadas en su mismo escenario. Sin que ello signifique que la matriz de referencia del terrorismo global carezca de alguna presencia en Europa a través quizá de una trama de intermediarios o enlaces que actúen como emprendedores a la hora de llevar a cabo operaciones concretas. Al Qae-

da se ha descentralizado desde finales de 2001 pero hay indicaciones que sugieren también una regionalización y es evidente el empeño de sus dirigentes en establecer extensiones territoriales, por lo que no puede descartarse que esto suceda también en Europa. Uno de los mensajes fidedignos en que se reclamaba la autoría de los atentados del 7 de julio de 2005 en Londres, habla expresamente de una Organización de Al Qaeda para la Yihad en Europa.

En Europa occidental, la amenaza que procede de Al Qaeda adquiere una muy especial relevancia en el caso del Reino Unido, donde se ha constatado que un preocupante e incluso creciente número de individuos y redes yihadistas existentes dentro de ese país mantienen estrechos ligámenes con el núcleo decisorio de aquella estructura terrorista en el sur de Asia, concretamente en Pakistán. Incluso la directora general del servicio de inteligencia británico que conocemos como MI5, Dame Eliza Manningham-Buller, reveló ante un pequeño grupo de académicos reunidos en Londres en noviembre de 2006 que a su agencia le constaban al menos 30 conspiraciones para cometer atentados en territorio británico y que lo más grave de esa amenaza proviene de, textualmente, «resilient networks, some directed from al-Qaeda in Pakistan, some more loosely inspired by it, planning attacks including mass casualty suicide attacks in the United Kingdom». Ahora bien, el hecho de que Al Qaeda carezca de similares capacidades de penetración en otros países europeos no reduce el nivel de la amenaza en el conjunto de ellos.

El redimensionamiento de las redes norteafricanas del terrorismo yihadista incrementa la amenaza no sólo sobre ciudadanos e intereses europeos en los países del Magreb sino también en sus propios confines territoriales. A lo largo de los últimos años, en distintos países europeos se detectaron y fueron desmanteladas células ligadas con el GSPC y que ahora lo estarían con la nueva extensión norteafricana de Al Qaeda. Individuos relacionados con aquellas tramas han sido detenidos desde el inicio de 2007 en el sur de Europa, en países como Francia, España e Italia. Es oportuno recordar que, en una grabación en vídeo realizada por Abu Musab Abdelwadud y fechada en mayo de 2007, el emir de Al Qaeda en el Magreb Islámico afirma lo siguiente: «nosotros vamos a incrementar nuestras acciones y a ampliar nuestro radio de acción geográfico, y para confirmar esta promesa, hemos decidido que de ahora en adelante emplearemos como estrategia el método de las operaciones suicidas». Por si hubiese dudas de a qué se está refiriendo, en ese mismo comunicado añade, como aviso a los extranjeros no musulmanes que se encuentran en

la región norteafricana: «tened cuidado con vuestros propios pueblos de origen pues serán un objetivo y se les perseguirá».

En suma, Al Qaeda, en tanto que núcleo fundacional y referencia permanente para el movimiento de la yihad global en su conjunto, continúa suponiendo una amenaza para las sociedades europeas. Esta amenaza terrorista es en unas ocasiones indirecta y, en otras, directa, pero siempre real. Al Qaeda puede inducir la comisión de atentados contra instituciones y ciudadanos europeos por parte de otros actores individuales o colectivos que practican el terrorismo yihadista, en particular con extensiones regionales u organizaciones afines que ha conseguido penetrar en las sociedades europeas. Ahora bien, es de igual modo posible que se implique operativamente en la ejecución de una acción terrorista de gran envergadura, cosa que también parece haber ocurrido. Cabe también que Al Qaeda combine sus capacidades propias con las de otros componentes locales o regionales de sus mismas redes del terrorismo global para planificar y perpetrar un determinado incidente o una campaña de atentados terroristas en la Unión Europea.

Pero la amenaza de Al Qaeda y el terrorismo global no afecta por igual a los distintos países europeos. Como tampoco es uniforme la amenaza que plantean ni los grupos y organizaciones asociados con dicha estructura terrorista ni las células independientes que están inspiradas por su ideología. Si en la actualidad el terrorismo relacionado directamente con Al Qaeda es más preocupante en el Reino Unido que en ningún otro país comunitario, ello no quiere decir que la amenaza que esa estructura terrorista supone por sí misma para el conjunto de la Unión Europea sea ni mucho insignificante. Solamente durante el año 2007 se desbarataron planes para cometer atentados en el Reino Unido, donde a pesar de todo ocurrió uno en la ciudad escocesa de Glasgow, Alemania y Dinamarca. Pero son numerosas las naciones de Europa occidental en que existen extensas comunidades constituidas por primeras generaciones de inmigrantes procedentes de países mayoritariamente musulmanes o por sus descendientes, en cuyo seno tienen lugar procesos de radicalización yihadista y donde o bien pueden surgir células locales autoconstituidas o bien pueden encontrar colaboración terroristas que provengan del exterior.

El tipo más verosímil de incidentes terroristas en cuya planificación o ejecución intervenga de algún modo Al Qaeda que pueden ocurrir en algún país europeo a corto y medio plazo incluye un rango que previsiblemente oscila entre los atentados múltiples contra blancos más bien desprotegi-

dos, mediante artefactos explosivos que no requieren una preparación excesivamente prolongada y complicada pero pueden ocasionar un importante número de víctimas mortales, hasta los de carácter no convencional, sin olvidar los muy espectaculares y hasta catastróficos contra blancos que disponen de estrechas medidas de seguridad pero están dotados de una gran relevancia simbólica. Al Qaeda continuará tratando de hacerse con elementos químicos o radiológicos y el riesgo de que sean utilizados en atentados terroristas dentro de la Unión Europea, aunque estadísticamente improbable, no es insignificante y se incrementa con el paso del tiempo. Ahora bien, es más verosímil que los blancos del próximo atentado que tenga lugar en territorio comunitario sean de nuevo la aviación comercial o los transportes públicos, sin olvidar las infraestructuras críticas, los lugares donde se producen grandes aglomeraciones y los edificios públicos.

España, en el contexto de ese escenario europeo, parece ser en la actualidad más blanco de Al Qaeda que incluso antes de los atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid, a juzgar por los señalamientos directos e indirectos de nuestra nación como blanco del terrorismo global que hacen Osama bin Laden y, sobre todo, Ayman al Zawahiri. Es probable que nuestro país sea ahora más blanco del terrorismo internacional de lo que nunca antes lo ha sido y, por la naturaleza de los indicadores que lo ponen de manifiesto, en modo alguno se trata de una situación pasajera, aunque se trate de riesgos y amenazas que compartimos con algunos otros países de nuestro inmediato entorno europeo. Que Ayman al Zawahiri insista reiteradamente en la violenta recuperación de Al Andalus como parte de un nuevo califato panislámico, consiguiendo que su discurso impregne ya la narrativa de la nueva extensión magrebí de aquella estructura terrorista, equivale a convertirnos en blanco *quasi* permanente de los actores individuales y colectivos que forman las redes multinacionales del movimiento de la yihad global en su conjunto.

Nuestra nación configura, junto con Portugal, el único territorio de la Unión Europea donde, debido el pasado histórico de dominación musulmana y en función de la intemporalidad inherente al pensamiento neosafista, puede llevarse a cabo un llamamiento a la yihad defensiva, siempre mejor aceptada como obligación individual por los islamistas más radicalizados, y no sólo a la yihad ofensiva, que sí afectaría al conjunto del territorio europeo pero no es considerada una obligación individual. Esto, en sí mismo, obliga a repensar la amenaza que el terrorismo internacional supone en estos momentos para nuestro país y que conlleva señalizaciones más precisas, como las relacionadas con la presencia de soldados

españoles en territorios musulmanes, al margen de cuál sea la naturaleza de su misión, o la demarcación de Ceuta y Melilla como zona de conflicto. Además, la amenaza que el actual terrorismo internacional supone para ciudadanos e intereses españoles, especialmente dentro pero también fuera del propio territorio nacional, se ha incrementado como consecuencia del ya aludido redimensionamiento de las redes norteafricanas insertas en el movimiento yihadista global y del posible efecto de sinergia que para el conjunto de ese entramado tiene el surgimiento de AQMI.

No debe olvidarse que desde los atentados ocurridos el 11 de marzo de 2004 en Madrid, que ocasionaron 191 muertos y más de 1.500 heridos, y desde el episodio suicida de Leganés, que produjo una víctima mortal más, se han detenido en España más de trescientos individuos, sospechosos de delitos relacionados con el terrorismo yihadista, que en su mayoría eran varones inmigrantes de primera generación, con entre veinte y cuarenta años sobre todo, procedentes principalmente, aunque no sólo, de países como Marruecos o Argelia. Y el hecho de que entre los detenidos y condenados en nuestro país por delitos relacionados con el terrorismo yihadista estén sobrerrepresentados los de origen argelino, respecto al monto total de inmigrantes de esa misma procedencia que viven en suelo español, es significativo, toda vez que proceden del país donde surgió el GSPC y, una vez transformado éste, se encuentra la base de operaciones de AQMI. Pero la amenaza se ha incrementado también como resultado de la penetración de grupos y organizaciones de esa misma orientación ideológica en el seno de la diáspora paquistaní que, dentro de España, se concentra principalmente en Cataluña aunque haya colectividades significativas en alguna otra región.

Estas y otras circunstancias podrían tener consecuencias para la seguridad nacional tanto a corto como a medio y largo plazo, al producirse alteraciones en la modalidad de posibles nuevos actos de terrorismo internacional, siendo ahora más verosímil de cuanto lo era hace dos o tres años que se perpetren en España atentados suicidas o contra blancos altamente simbólicos y dotados de considerables medidas de protección. Sin que ello suponga olvidar la imprevisible operatividad de células independientes autoconstituidas, cuyo rango de acciones iría del asesinato individual al uso de artefactos explosivos improvisados contra blancos desprotegidos. Pero el peligro de que acontezcan este tipo de atentados relacionados con Al Qaeda o cualquier otro componente de la urdimbre actual del terrorismo global existe para España como para otros países de nuestro inmediato entorno europeo occidental, donde se asocia tanto a

factores endógenos, es decir a procesos de radicalización violenta en el seno de las comunidades musulmanas que existen en el mismo, como a factores exógenos, concretamente la evolución del terrorismo global en países con poblaciones mayoritariamente musulmanas.

PARA CONCLUIR

Al Qaeda sigue existiendo. Ha compensado su minoración con la diseminación de propaganda, pero no es una mera ideología. Ha compensado su fragmentación mediante el establecimiento de extensiones territoriales o la intensificación de ligámenes con grupos y organizaciones afines, pero no se ha diluido en el diversificado movimiento yihadista global. Ha compensado sus restricciones operativas contribuyendo a las actividades de esos otros actores colectivos, que hoy perpetran la inmensa mayoría de los atentados atribuibles al terrorismo global, pero dispone de un nuevo santuario y asimismo tiene renovadas capacidades. Conviene, claro está, no desdeñar el desafío que plantean grupúsculos y células locales aparentemente independientes, especialmente en el ámbito de las sociedades occidentales. Ahora bien, sin tomar esta parte por el todo, olvidando que Al Qaeda no ha dejado de existir y que la mayoría de los atentados relacionados directa o indirectamente con esa estructura terrorista son en la actualidad obra de sus extensiones regionales o de grupos y organizaciones que se encuentran en relación con la misma.

Los riesgos y amenazas del actual terrorismo global suelen asociarse con atentados muy letales, perpetrados por suicidas, susceptibles de afectar gravemente la vida política o el orden social. Ciertamente, así es como esos actos terroristas han sido ejecutados de manera preferente, aunque no exclusiva, en el seno de los países occidentales desde el 11 de septiembre de 2001. Y a buen seguro que Al Qaeda seguirá intentado perpetrar de nuevo atentados muy espectaculares. Sin embargo, la frecuencia de este terrorismo relacionado directa o indirectamente con Al Qaeda es muy baja esos mismos países. Ahora bien, el tipo de atentados que han tenido lugar y se teme, no sin fundamento, vuelvan a repetirse en ellos acontece también en países con poblaciones mayoritariamente musulmanas, tanto contra blancos foráneos como contra otros de carácter autóctono. Lo que ocurre es que, en estos escenarios, se combinan con incidentes bastante más convencionales por lo que se refiere a su *modus operandi* y menos cruentos en lo que atañe a sus patrones de victimización, pero que se producen con mayor asiduidad.

Hay escenarios concretos, como Afganistán y por extensión el contiguo Pakistán en el sur de Asia, o cual es asimismo el caso de Iraq en el ámbito de Oriente Medio, en los que la actividad terrorista relacionada con Al Qaeda y su urdimbre transnacionalizada es muy frecuente e intensa. Escenarios que a su vez coinciden con los epicentros ideológicos, organizativos y operativos del terrorismo global, si bien el eje de gravedad se ha desplazado hacia el primero de ellos. En algunos otros ámbitos dentro del mundo islámico los atentados asociados con este fenómeno registran una frecuencia menor pero intensidades que oscilan entre medias y crecientemente elevadas, cual es el caso de países como Argelia en el contexto norteafricano. En las sociedades occidentales, ese terrorismo yihadista acontece de manera episódica, pero por lo común con altos niveles de letalidad. Es en ellas donde es particularmente verosímil que ocurran atentados de carácter no convencionales, que supongan la utilización de componentes químicos o radiológicos, aunque su probabilidad estadística continúe siendo muy baja.

Ahora bien, los riesgos y amenazas que el terrorismo global plantea para el conjunto de las naciones occidentales están muy estrechamente relacionados con su evolución fuera de las mismas, en el conjunto del mundo islámico y muy especialmente en las denominadas zonas de conflicto. Además del peligro inherente a células locales o tramas autoconstituidas surgidas en el seno de aquellas, los desafíos que el terrorismo relacionado con Al Qaeda supone para las sociedades abiertas y las democracias liberales continúan procediendo, en gran medida, del escenario que configuran Afganistán y Paquistán por una parte, y del que se refiere a Iraq por otra, sin que ello suponga minimizar otros escenarios más cercanos, que de cualquier modo están interconectados con aquellos principales. Las áreas tribales paquistaníes que colindan con el territorio afgano constituyen en la actualidad el más importante santuario no sólo para Al Qaeda sino para la urdimbre del terrorismo global. Lo que ocurra con el conflicto iraquí puede asimismo producir un excelente de militancia con el potencial de dirigirse hacia otros escenarios, incluido el europeo y por lo tanto el español. Además de que en estos últimos dos casos una valoración de los riesgos y amenazas requiere atender tanto a los procesos de radicalización y reclutamiento en el seno de las propias comunidades musulmanas como a los desarrollos de la yihad global en países norteafricanos.